

El estudio detallado de este templo acredita tres etapas constructivas, netamente románicas las iniciales, concretadas en cripta, cabecera y torre, y gótica la última fase. De las corrientes artísticas imperantes, la más antigua fué fusión de lo carolingio y lo mozárabe, y la jaquesa llegó a preponderar en la España septentrional, con excepción del Levante. Ninguna de ellas se refleja en el estilo del núcleo primitivo de Leyre. Es gratuita la afirmación de que constituye obra pre-románica o de maestro retrasado en sus conocimientos. También la decoración plantea interrogantes, y es problema que se amplía al contemplar el relieve de la iglesia de Villatuerta y las esculturas de la de Ujué. Y sólo en el siglo XIV se continuó la interrumpida construcción de Leyre con una bóveda ojival. Se resume, pues, la historia del templo en cinco etapas: Tras la desolación que impuso Almanzor, resurgió en Leyre una iglesia pequeña, que luego, en una primera gradación románica, contó con la cabecera actual. Fué detenida la obra por una ola decadente, simultánea a la infiltración jaquesa en Navarra. A principios del siglo XII comenzó una segunda etapa románica, que contó con un insigne maestro, Fulquerius, y con escultores discípulos de Esteban. Y tras las pausas anotadas se llegó a la terminación del edificio cuando se construyó la bóveda gótica.

Numerosos planos y fotografías señalan los más mínimos aspectos de los tres templos estudiados.

Nos hallamos, pues, en presencia de un estudio de conjunto en el que Lacarra examina la cuestión históricamente, revisando cesiones y documentos, mientras corresponde a Gudíol la profundización directa en detalles técnicos y artísticos que corroboran el resultado de la investigación precedente. Es minuciosa la objetivación de los edificios que se omiten en esta nota por requerir lectura personal. Sólo ésta y el cotejo de la parte expositiva con la serie ilustrativa nos permitirá formar cabal idea de la importancia y seriedad de este estudio histórico-arqueológico.

ROSA JULIA LADOUX.

BLAS TARACENA AGUIRRE: *Carta Arqueológica de España. Soria*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1941.

Allá por los años de la Segunda República se inició en España la preparación de las hojas, a ella correspondientes, del Mapa del Impe-

rio Romano. Recibí yo el encargo de preparar lo correspondiente al solar del reino de Asturias, de cuyo pasado durante la dominación de Roma me había ya ocupado, y empecé a trabajar con la colaboración de mi discípulo Luis Vázquez de Parga. Se encomendó a Blas Taracena la zona soriana. No se podía haber elegido mejor. Director del Museo Numantino y arqueólogo de gran preparación científica, llevaba años estudiando paciente e inteligentemente el pretérito arqueológico de su región, y había publicado diversas Memorias en la colección de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades (N.ºs 83, 86 y 119), sobre sus excavaciones en Soria y en Logroño. En el homenaje a nuestro común y gran maestro: José Ramón Mélida, Taracena publicó un estudio de gran mérito: *Vías romanas del alto Duero* (Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, II, 1934). La obra que reseñamos es, por tanto, fruto de largos años de celoso trabajo, de buscas, excavaciones, viajes, caminatas y análisis cuidadosos.

Blas Taracena la inicia con unas breves páginas, breves pero enjundiosas, en que traza la historia de la región soriana, desde la aparición en ella del hombre hasta el fin de la monarquía visigoda. Pero constituye el núcleo principal del libro, el Repertorio de las ruinas y de los hallazgos. En él se examinan, por orden alfabético, todos los yacimientos arqueológicos de la provincia. Por esas páginas van desfilando los testimonios de las diversas civilizaciones que han dejado huellas en el solar provincial soriano. Estuvo éste habitado, durante el paleolítico inferior, por un pueblo nómada, del que se ha hallado abundante material lítico en Torralba y Ambrona, las más importantes estaciones de España de la época a que pertenecen. Por desgracia, no se han encontrado aún, en tierras de Soria, restos de la cultura cantábrica, que ha dejado huellas, sin embargo, al norte y al sur de la misma. No abundan, en ella, los hallazgos de las edades neolíticas y eneolíticas, pero está comprobada la llegada hasta la misma de la "cultura de las cuevas" y de la posterior del "vaso campaniforme". A la zona soriana se extendió, también, la civilización argárica almeriense y llegaron por lo tanto los iberos, a juzgar por algunos restos de la Edad del Bronce hallados en ella. La despoblación de la región, durante el período en que empiezan a encontrarse en España huellas de la facies europea de la época del bronce, hace dudar a Taracena de la realidad de la invasión ilírico-ambrona de la Península, de la que Menéndez Pidal (*Sobre el substrato mediterráneo occidental*, Ampurias, II) cree descubrir rastros toponímicos en la comarca soriana

Las distintas oleadas migratorias celtas de la Edad del Hierro han dejado, en cambio, testimonios muy claros en tierra de Soria. Los celtas, constructores de castros del tipo de los *Ringwälle*, ocuparon las cumbres de las serranías, los pinares y los pastos de verano. Sus aldeas fortificadas se relacionaron con las del bajo Duero (Ávila, Salamanca y Zamora). Eran pastores trashumantes. Su sistema de vida coincide con el atribuido en el Periplo de Avieno a los *beribraces* de las montañas valencianas. Taracena cree que fueron los *pelendones* estos primeros celtas sorianos y que llegaron a España en las más remotas invasiones célticas. En el Centro y Sur de la provincia han dejado huellas los pueblos a quienes debemos la civilización post-hallstática. Celtas venidos a España más tarde, durante la época llamada de *Hallstatt*, separados de sus sedes allende el Pirineo, desarrollaron aquí una cultura peculiar, de la que han quedado restos en diversas acrópolis y necrópolis sorianas, que se acercan a las famosas abulenses de las Cogotas.

Taracena declara que no abundan en la región soriana huellas precisas del pueblo ibero, anteriores a las invasiones celtas, porque no halla sino mínimos restos de construcciones emparentadas con las ibéricas de la costa, de fecha remota. Considera como las primeras huellas claras de la infiltración ibérica las halladas en Arévalo de la Sierra, de finales del siglo IV. Ello implicaría la iberización de los celtas, como pretende Schulten, y no la celtización de los iberos, como solía admitirse y admite Bosch Gimpera, aunque Taracena no saque tal consecuencia.

El período inmediatamente anterior a la conquista romana, que corresponde al máximo florecimiento de la civilización celtibérica; la época en que aquella conquista tuvo lugar, con su heroica y trágica culminación en Numancia; la muerte de la cultura indígena tras la guerra sertoriana; la intensa romanización de la zona agrícola más fértil de las orillas del Duero en torno a la vía de Asturica a Caesaraugusta; la crisis de la vida romana en la región, desde las invasiones germánicas del siglo III, anteriores a las que produjeron la germanización de la Península, y la presencia de los nuevos dominadores godos, fueron dejando abundantes rastros arqueológicos en Soria. Que Taracena los registra, estudia y cataloga.

Taracena acompaña de planos y fotografías su examen de las estaciones arqueológicas que ofrecen más interés, y diversos mapas del conjunto de las culturas que han dejado más restos en la región ilustran esta pequeña obra maestra. Su autor ha dado en ella la pauta de lo que debe hacerse, para conocer el pasado remoto de España, en